

Relatos San Valentín 2012



Mi verdadero amor

Jaystina

Mi verdadero amor

Relato San Valentín 2012

Jaystina

Otro año más sola, sin nadie con quien compartir mi vida. Los años pasaban y yo seguía igual de amargada y enfadada como cuando Javi arruinó nuestro compromiso acostándose con mi única y estúpida hermana. Y encima, para colmo, se casan y tienen los hijos que debía haber tenido yo. ¡YO!

Me paseaba de un lado hacia otro por la habitación, con la copa de vino en mis manos. Estaba frustrada. Mi hermana había conseguido sin comerlo ni beberlo todo lo que yo había deseado. El hombre perfecto, la casa perfecta... la familia perfecta, y todo a mi costa. Como no, me he de cabrear si mi hermana me envía una felicitación de navidad cada año para restregarme "sin maldad" como dice ella, lo bien que la va con el que debería haber sido mi "marido". Un gilipollas profundo, de encefalograma plano y encima... malo en la cama. ¿Era la rabia, la envidia o el dolor lo que hablaba? No puedo quejarme de mi trabajo, en eso, soy mejor que mi hermana. La empresa estaba contenta conmigo y no había recibido ni una sola queja en esos cinco años que he estado trabajando para ellos.

Riiiiiiing, Riiiiiiing Riiiiiiing...

El timbre de la puerta. ¡Perfecto! Lo que me faltaba, un vendedor de cosas inútiles. Pues no pienso abrir. Estoy enfadada y si no quiere que frustré mi rabia sobre él, más le vale que se vaya en este mismo momento.

—¡Reina mora! Sé que estás ahí y que has recibido la «carta maldita» como todos los años. Déjame entrar antes de que cometas un grave error. —La voz de George, mi mejor amigo homosexual, hizo eco por toda la habitación.

Me acerqué a la puerta y vi que estaba con Julia, mi otra amiga del alma. Eran mis dos únicos apoyos en esta vida. Eran la familia que nunca tuve cuando más los necesitaba. Abrí la puerta y me dirigí a la cocina a por más vino y otras dos copas.

—¿Me podéis explicar qué estáis haciendo aquí?

—Pasar contigo las navidades, reina —contestó George dejando en la encimera de la cocina unas cuantas bolsas llenas de carbohidratos.

Por lo que pude vislumbrar de las cosas que sobresalían de la compra, habían traído palomitas de mantequilla, tres tarrinas de helado, pizzas para calentar en el horno, coca-cola, cerveza, whisky, bolsas de todo tipo, chucherías, chocolate... Nunca cambiaban. Todos los años hacían lo mismo y encima ellos no engordaban ni un

gramo. Sin embargo, si lo tomaba yo, engordaba y tenía que matarme más en el gimnasio para recuperar la figura.

—¿Tú no deberías estar con él bombón siciliano que conociste la semana pasada? —le pregunté sonriendo.

—Ese es agua pasada, el día que encuentre a mi soldadito perfecto ya te aviso para que seas mi madrina —contestó este riéndose.

—Creo que la vida de soltero es mejor —comentó Julia mientras se quitaba el abrigo.

—¡No me digas! ¿Qué ha pasado con Fran? No me digas que ese pichacorta ha roto contigo, porque vamos, ya te digo yo que la tenemos —empezó a parlotear George.

Julia puso los ojos en blanco, pero se la notaba distraída. No estaba tan vivaz como otras veces, ya que normalmente ella suele ser incluso más alegre que George.

—Cariño, ¿ha roto contigo ese imbécil de tres al cuarto? —le pregunté encendiendo un cigarrillo.

—No, he roto yo con él —contestó ella en un suspiro—. Y antes de que preguntéis, os diré que es porque... me he dado cuenta de que no estoy enamorada de él. Me llama solamente para tener sexo y estas últimas veces ni siquiera ha sido buena la «experiencia».

—Ahora lo entiendo todo. Has hecho muy bien, si el tío no sabe montárselo en la cama, es mejor dejar la relación —dijo George peinándose la cresta que se había hecho en el pelo.

—Así que... volvemos a ser el *trío solterotti* —comenté bebiéndome la última gota de vino que quedaba en mi copa—. ¿Qué hacemos? ¿Vemos una peli y nos ponemos como vacas?

—Me apunto. Necesito ingerir toda la deliciosa crema helada que pueda. Creo que es lo único para dejar de pensar en el imbécil de Fran.

—Chica, es agua pasada, no lo nombres. Hoy es un día para celebrar que *nosotras* estamos de vuelta en el mercado—. Gritó George poniendo la televisión a tope.

Para no ensuciar nada, cogimos las bolsas y las llevamos al salón, las dejamos en la mesita pequeña y comenzamos a devorar todo lo que habían traído, exceptuando las pizzas y las palomitas. Cuando el reloj marcó la una y media de la madrugada, miré a mis amigos que se encontraban sopa y encima, se estaban perdiendo la mejor parte de la película *Desayuno con Diamantes*, cuando Paul le dice que la quiere. Sentí que las lágrimas comenzaban a florecer, pero me dije: **NO. DEJA DE LLORAR Y SAL A BUSCAR A UN HOMBRE QUE TE QUIERA DE VERDAD.** Y luego iba mi: *¿Qué mierdas hago hablando conmigo misma? Es de locos...*

Sin que pudiera ser consciente de ello, comencé a quedarme dormida, hasta que unos ruidos me hicieron despertar. Me incorporé, y de puntillas me acerqué a la

mirilla de la puerta, para ver quien estaba armando tanto escándalo a esas horas de la madrugada. ¡Eran tres hombres haciendo la mudanza! *Pero, ¿de qué van? Necesito dormir.* George y Julia comenzaron a despertarse también y se acercaron para ver qué estaba pasando.

—¿Los habéis visto? Vaya par de hombretones, a esos les daba yo merengue, reinas —comentó George, sin darse cuenta de que todo el edificio estaba en silencio, estábamos mirando a través de la mirilla y todo se escuchaba.

Los tres hombres se quedaron paralizados, y comenzaron a darse la media vuelta para observar la puerta que hacía de muro. El más alto (y guapo) de todos se abrió paso entre las cajas. Era un hombre atlético, bien musculado, con largas y fuertes piernas enfundadas en unos vaqueros desgastados, un amplio pecho cubierto con una camiseta azul marino que marcaba a la perfección sus bíceps, abdominales y pectorales... Y como no, una cara pecaminosa. Mandíbula fuerte, labios llenos, nariz aristocrática y unos ojazos grises que quitaban el hipo. Y su pelo... ¡Qué pelo! Tenía una melena castaña oscura y ondulada que le caía hasta los hombros y le daba un aire de lo más sexy.

Toc Toc

Esa llamada me sacó de mi ensoñación, los tres nos quedamos parados, intentando no hacer ruido ni al respirar.

—Sé que hay alguien ahí. Abra la puerta —Su voz era hipnótica y ronca. Sentí una chispa de excitación nada más oírla.

Mis terminaciones nerviosas estaban a punto de ebullición, los oídos me pitaban y antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, abrí la puerta, dejándonos al descubierto. Aquel guapo y viril hombreton, me miró de arriba abajo con una sonrisa... ¿apreciativa? Cuando nuestros ojos se encontraron saltaron chispas. Lo sentí. Parpadeé varias veces para acostumbrarme a la luz proveniente del rellano.

—¿Quién es Usted? Y lo más importante, ¿qué está haciendo a estas horas de la mañana? —le pregunté mientras miraba a mis amigos que estaban tan embobados con los otros dos como yo con el que teníamos delante.

—Me llamo Axel McDougal, y ellos son mis hermanos Tom y Jerry —contestó con una sonrisa. Se notaba que no eran de por aquí, tenía un acento sureño, o eso parecía—. Sentimos haberles molestado. Acabamos de llegar a España con nuestras cosas y no podíamos dejarlas en la calle. Pero, les prometo que no molestaremos más.

—¡Oh! Está bien. Es solo que creía que había ladrones. Pero, veo que ya me puedo quedar más tranquila-. Comenté intentando averiguar más cosas sobre él-. Así que seremos vecinos de enfrente...

—Sí. ¿Y Usted es...?

—Lláname de tú, ni que fuese una ancianita. —Tras ese comentario, vi en su mirada un brillo de diversión—. Soy Erika Ríos. Y ellos son mis amigos George García y Julia Sánchez.

—Encantado. No queremos molestaros más. Buenas noches—. Contestó Axel con una inclinación de cabeza. ¡Era un autentico caballero!

—Buenas noches... —contesté en un suspiro sin dejar de mirarle.

—Oye, ¡bombón! —exclamó George sin un ápice de vergüenza. Axel se dio la vuelta divertido y pude observar que uno de sus hermanos miraba a George con curiosidad—. Acércate más, un poquito más—. Cuando estuvo lo cerca que quería George este le preguntó—. ¿Alguno de tus hermanos es gay? —Axel echó la cabeza hacia atrás y comenzó a reírse. Hizo una señal al chico que había estado mirándole durante todo el rato.

—Este es mi hermano Tom McDougal. Y es el gay de la familia.

Julia y yo empezamos a reírnos también. Era una situación de lo más extraña. Unos minutos más tardes nos presentaron a Jerry, el otro hermano y gemelo de Tom. Todos eran encantadores y muy sexys. Escuché a Julia mantener la respiración al ver a Jerry tan sumamente cerca. Axel no paraba de mirarme e incluso una vez, me pareció ver que me guiñaba un ojo. Ojalá... Sin poder mediar palabra, George los invitó a comer al día siguiente... ¡A MI CASA! Con una sonrisa Axel y sus hermanos aceptaron encantados y luego se metieron dentro de su piso. Cerramos la puerta y los tres nos apoyamos en ella y fuimos resbalando hasta quedarnos sentados en el suelo.

—Son perfectos. Son... divinos-. Suspiró George.

—Son más que eso, George. Son dioses griegos... —dijo Julia sonriendo.

—¿Habéis visto que amables y educados? Igualitos a nuestros ex-novios — comenté con ironía.

—¡Y mañana vamos a comer con ellos! —exclamó Julia emocionada.

Nos levantamos y nos dirigimos al salón a seguir durmiendo, pero la verdad, es que ninguno pudimos pegar ojo. A las nueve de la mañana nos despertamos y tras vestirnos, empezamos a recoger la casa para dejarla limpia para cuando llegaran nuestros vecinos sexys. Luego nos pusimos los tres a cocinar raviolis, pollo asado y tortilla española. Al terminar, nos fuimos turnando para ducharnos y a las dos, llegaron nuestros hombretones.

Toc Toc

Abrí la puerta y me encontré a un Axel vestido de etiqueta, igual que sus otros dos hermanos. Cada uno traía una cosa. Axel, una botella de vino; Tom, unos pasteles; y Jerry, una película.

—Hola —les saludé dándoles dos besos, a lo que se quedaron sorprendidos—. ¡Oh! Es *typical Spanish*.

—Estamos encantados de volver a veros —contestó Axel, agarrando mi mano y plantando un beso en la palma. Y todo eso, sin dejar de mirarme.

—Igualmente. Pero, por favor. Pasad. No os quedéis en la puerta y poneros cómodos.

La velada fue... encantadora. No existen suficientes adjetivos para calificarla de una manera que se acerque a la realidad. La mitad de la velada fue en español y la

otra en inglés. Al parecerse estos tres hombres, son de California del Sur, aunque sus padres son irlandeses. Los tres han venido a España por cuestiones de trabajo. Axel es bombero, y cuando lo dijo, George me dio una patada debajo de la mesa, lo que me hizo dar un gritito y tras eso, ponerme roja como un tomate. Tom, es policía y Jerry es Doctor. Si es que, ¡son perfectos!

Nos hicimos amigos enseguida y cada fin de semana o cuando teníamos tiempo, solíamos llamarnos y quedar para tomar algo o ir a algún sitio, juntos. A los dos meses Tom y George comenzaron a salir oficialmente y unas semanas más tarde, Jerry le pidió matrimonio a Julia. *¿Hola? Que os conocéis de hace nada...* Pero el amor es lo que tiene. Y solo faltaba yo, como siempre. Entre Axel y yo había una bonita amistad, pero parecía que él no quería nada más. Aunque muchas veces se notaba el ambiente tenso. Yo no quería abalanzarme para no parecer una buscona pero... al final iba a tener que hacerlo.

Axel y yo quedamos para ir al cine a ver una película romántica y luego ir a cenar por ahí. Durante toda la velada se comportó de una manera extraña. Sonreía, pero se le veía tenso. Cuando le fui a preguntar, me besó. (Claro que el beso me le dio ya cuando estábamos en el rellano). Me pilló de sorpresa pero enseguida le contesté. Solo se escuchaban nuestros besos y las respiraciones agitadas. Me aferré a sus hombros, porque mis piernas parecían de gelatina, me temblaban, como nunca antes me había pasado y sentía mariposillas en la boca del estómago. Él agarró mis caderas y me acercó más a él, para sentir su excitación. El beso se fue tornando más voraz, más hambriento, como si no tuviésemos suficiente del otro. De pronto Axel separó su boca de la mía, pero nuestras frentes estaban unidas, y las narices se rozaban, nuestros alientos estaban entrecortados e intentábamos buscar aire, pero no queríamos separarnos del otro.

—¿Quieres...?

—Sí —contesté enseguida.

Abrimos la puerta de mi casa lo más rápido que pudimos y nada más entrar, el me agarró de las nalgas, y me elevó para que le rodease la cintura con mis piernas. Nunca había hecho eso, pero era de lo más excitante. Llegamos al dormitorio y empezamos a desnudarnos con rapidez. Luego volvimos a la carga y ambos caímos en el centro de la cama. Estuvimos toda la noche haciendo el amor, fue magnífico. No me cansaba de sus besos, ni de sus caricias y sus palabras melosas y llenas de ternura. Estuvo muy atento y muy cariñoso. Cuando se hubo dormido, me quedé pensativa. *¿Iba a ser solo sexo? O... ¿querría algo más?* El sueño comenzó a vencer mi resistencia y al final me quedé dormida.

Al despertar, vi que Axel no estaba, pero me había dejado una nota. En ella me decía que había sido una noche inolvidable, pero que debía irse a trabajar. Que me llamaría. Solo eso. Todas las palabras, los susurros de amor, habían quedado en el olvido. Las lágrimas volvieron a surgir, como nunca antes. No eran de rabia o frustración. Eran de dolor verdadero. Me había enamorado de verdad de alguien como

nunca lo había hecho. Creía haber amado al imbécil de Javi. Pero no, me di cuenta de que nunca lo había amado. Solo amaba a Axel y éste no buscaba una relación estable o si no, me hubiese puesto algo más en la nota, o se habría molestado en llamarme.

Pasó una semana desde nuestro encuentro, y no mostraba signos de llamarme o pasarse por mi casa para ver qué tal estaba. Sentía un vacío en el pecho que no sabía si iba a poder recuperar. George y Julia fueron a verme, pero al ver que no iba a soltar prenda, se marcharon. George me había aconsejado que le llamase yo, pero si él no daba muestras de querer verme, iba a quedar como «la chica de repuesto». Y no quería volver a ser utilizada. No quería que me pasase lo que a Julia, darle derecho de llamarme cuando quisiera y tener sexo, solo porque estaba enamorada de él. Tenía mi orgullo. Y por lo menos Julia, había sabido decir NO. Yo seguramente, fuese más débil.

El día después de que vinieran mis amigos, llamaron a la puerta varias veces, cada vez con más insistencia. Cansada del ruido, me acerqué a la mirilla y le vi impaciente. Una semana sin venir a verme, sin querer saber de mí y de pronto está en mi puerta. La abrí lentamente y Axel pudo ver mi palidez, mis ojeras y mis ojos rojos de haber llorado durante toda la maldita semana... por él. Acercó su mano a mi mejilla y secó una lágrima que acababa de derramar.

—¿Por qué lloras, princesa? George y Julia hablaron conmigo ayer. Siento no haberte llamado o haber venido a verte, me ha sido imposible.

—Ya claro. No tienes por qué darme explicaciones. No estamos saliendo ni nada. — contesté con frialdad, a la vez que me dirigía a mi cuarto para vestirme e irme a trabajar.

—Lo de la semana pasada... no es solo una noche, no es algo que puedas tomar a la ligera. Yo no soy uno de esos tíos que se acuestan con una mujer y luego la abandonan. Si me acuesto con alguien es porque quiero una relación con esa persona —me dijo agarrando mi codo y parándome en mitad del pasillo.

—¿Lo... dices en serio? —le pregunté girándome para verle con una media sonrisa.

—Claro que sí. Me llamaron del cuartel, y me dijeron que había un incendio forestal. Tuve que ir y me quemé. Por salvar a unos niños me quemé..., pero me dio igual. Tragué mucho humo, porque tuve que quitarme el traje para ponérselo a ellos y las máscaras igual. Me quedé inconsciente. He estado en el hospital todo este tiempo. No me dejaban hacer ninguna llamada porque no podía hablar.

—¿En serio? Y, ¿por qué no me dijeron nada tus hermanos? ¿Estás bien? - le pregunté acariciando su rostro. Y yo pensando que no me quería... *Tonta, si es que no escarmientas nunca.*

—Tom está de servicio y bueno es confidencial, pero no está aquí. Y Jerry estuvo cuidándome, pero últimamente en el hospital ha habido mucho ajetreo.

Me estuvo explicando más detalladamente todo lo ocurrido y no paraba de repetir que lo sentía, y que me amaba. Nos abrazamos y nos besamos pero ambos

sabíamos que debíamos parar porque yo tenía que ir a trabajar. Me acompañó a mi cuarto y me observó mientras me vestía y me ponía guapa para ir a trabajar. No paraba de gruñir y de decir que no iba adecuada y decentemente vestida. Según él, debía ir tapada de cuello a pies, ¡como las monjas! Tenía cada cosa... que me sacaba siempre una sonrisa.

Llegué al trabajo y me metí rápidamente en la oficina, contenta y alegre. Hoy tenía una reunión, y normalmente solía estar atacada de los nervios y no paraba de fumar, pero en esos días no había vuelto a tocar un cigarrillo, ¿sería el amor? Y además, estaba de lo más relajada. En mitad de la reunión, el ambiente se hizo más pesado, olía a humo y todos empezamos a toser. ¡Había un incendio! Los ojos me lloraban, estábamos intentando salir de allí, cuando aparecieron los bomberos. Nos pusieron unas mascarillas y uno me cogió en volandas y me sacó corriendo de allí. Cuando llegamos a la calle, me quité la mascarilla y respiré aire limpio, puro. Los ojos me escocían, pero pude ver que era Axel el bombero que me había salvado. En su rostro se mostraba una palpable preocupación por mi bienestar y empezó a revisarme de arriba abajo. Solo tenía manchas de ceniza en la camisa, pero solo eso. Habíamos sido los últimos en salir del edificio. La prensa se encontraba a nuestro alrededor grabándolo todo, una auténtica multitud de personas se iban acercando para ver qué había ocurrido. Por suerte, no hubo ningún herido pero sí más de un susto. Axel me seguía teniendo en brazos y al ver que estaba bien, me besó. Sí, me besó delante de toda la prensa, que comenzó a hacernos fotos y como no, a hacer preguntas.

Ese mismo día por la noche, Axel se pasó por mi casa, me llevó a un restaurante y me pidió matrimonio. Los paparazzi se encontraban allí, Axel los había llamado. Era una auténtica noticia que no se veía todos los días. Acepté y fuimos portada de todas las revistas del corazón, calificando nuestra historia de amor, como una de las mejores que debía llevarse al cine. ¡Nada más y nada menos que al cine!

Mi hermana, Susan, me llamó para darme la enhorabuena y para decirme que se divorciaba de Javi. Al principio me dio lástima, pero al ver que quería «trajinarse» al que sería mi futuro marido, la mandé a tomar gárgaras. Y desde entonces, he sido muy feliz con mi marido y mis auténticos amigos.

Fin

